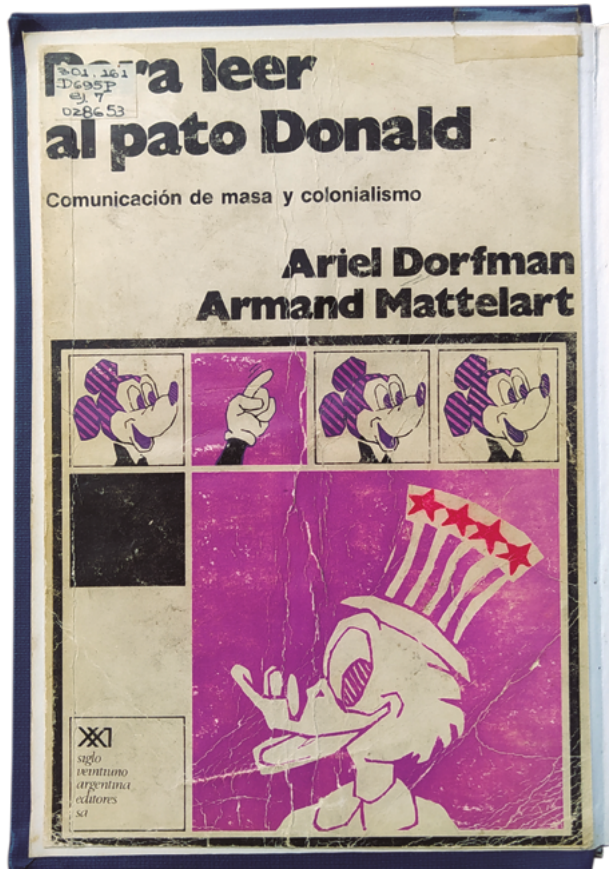


# Una aproximación a *Para leer al pato Donald:* entre la historia intelectual y la comunicación latinoamericana

An Approximation to *Para leer al pato Donald*: Between Intellectual History and Latin American Communication

## Yubely Vahos

Historiadora de la Universidad de Antioquia. Docente de cátedra. Integrante del grupo de investigación Comunicación, Periodismo y Sociedad de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.  
yubely.vahos@udea.edu.co



Portada de uno de los tres ejemplares con los que cuenta la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia.

## Resumen

Este artículo es una reflexión sobre las condiciones históricas e intelectuales que posibilitaron la escritura del libro *Para leer al pato Donald: comunicación de masas y colonialismo* de Ariel Dorfman y Armand Mattelart, así como una valoración de su legado en el pensamiento social latinoamericano. La autora aborda el libro a partir de los aportes teóricos de la historia intelectual, la primera Escuela de Frankfurt y la mirada económico-política de la comunicación, y plantea que la vigencia de esta obra se fundamenta en el uso pionero que sus autores hicieron de conceptos y metodologías como el imperialismo cultural y el deconstruccionismo. También sostiene que es preciso estudiar *Para leer al pato Donald* en relación con las expectativas y premisas que alentaron a sus autores, para comprender los aportes y vacíos del libro.

## Abstract

This article is a reflection on the historical and intellectual conditions that made possible the writing of the book *Para leer al pato Donald: comunicación de masa y colonialismo*, by Ariel Dorfman and Armand Mattelart, as well as an assessment of its legacy in Latin American social thought. In it, the documentary research method is used, and the book is related to the theoretical contributions of intellectual history, the first Frankfurt School and the economic-political view of communication. This article argues that the validity of this work is based on the pioneering use that its authors made of concepts and methodologies, such as cultural imperialism and deconstructionism; It is also argued that is necessary to study *Para leer al pato Donald* in relation to the expectations and premises that encouraged its authors, to understand its contributions and gaps.

### Palabras clave

Para leer al pato Donald • historia • comunicación • cambio social • compromiso político.

### Keywords

Para leer al pato Donald • history • communication • social change • political commitment.

## Introducción

La obra *Para leer al pato Donald*, publicada en 1971 por el sociólogo Armand Mattelart y el escritor Ariel Dorfman, es un hito de significación claroscuro en el pensamiento social latinoamericano. Disruptivo en su génesis, el libro fue escrito para desvelar cómo las producciones de Disney constituían una de las estrategias más potentes de la expansión imperial estadounidense, pues los tonos en matices del rosa y las viñetas estridentes de las revistas vertían la ideología capitalista y el hábito de la dependencia en los niños. Pero la apuesta de ambos autores no se agotó en el contenido. El libro fue construido con la prosa exaltada de un panfleto, dado que sus destinatarios no se hallaban emplazados en los escritorios de las universidades, sino en las calles, fábricas y campos, tanto chilenos, como latinoamericanos.

*Para leer al pato Donald* tuvo la intención de ser un arma capaz de arrancar el cariz de inocencia con que los hombres y mujeres de a pie veían las producciones culturales infantiles de Disney, y, al mismo tiempo, un arma para cortar el ligamento más fuerte que, según los autores, ataba a los latinoamericanos al país del Norte: la aceptación de su ideología como el único camino posible para el desarrollo de la vida individual y colectiva.

Ahora bien, ese proyecto emancipador estuvo atravesado en varios sentidos por la ambivalencia. La primera manifestación de tal condición está relacionada con sus circunstancias de producción: *Para leer al pato Donald* surgió como una suerte de informe gubernamental, un insumo emitido en el marco de la presidencia de Salvador Allende para diseñar una política de comunicación que respondiera al proyecto político de la Unidad Popular en Chile. Pero la fuerza de sus argumentos y su entrelazamiento con el espíritu combativo de inicios de los setenta, hicieron posible que el texto se tornara en un libro cardinal. La segunda manifestación de su ambivalencia está relacionada con la recepción del libro: desde su aparición fue satanizado por las fuerzas políticas de derecha, recibido con desconfianza en las universidades y acogido con entusiasmo por los intelectuales comprometidos con la libertad latinoamericana. La última manifestación de su ambivalencia está contenida en la historia de Chile: el libro fue un intento por mostrar las estrategias imperiales que encarnaba el personaje del pato Donald, pero dos años después de su publicación el proyecto que le dio aliento —la Unidad Popular—, fue derrocado en nombre de la preservación de las prácticas del capital en las que se apoyaba la ideología que Mattelart y Dorfman soñaron erradicar.

Las palabras que suscita este libro —panfleto, izquierda, liberación, revolución— han sido la causa de su permanencia en el pensamiento latinoamericano, y también, una suerte de trampa para sus lectores. La potencia de sentido de lo que se asocia con *Para leer al pato Donald* atrae a investigadores de distintas latitudes, pero su fuerza encarna el mismo riesgo que Stuart Hall (2014) enunció al acercarse a la obra de Carl Marx: cuando los libros se tornan legendarios, leerlos puede devenir en un acto de simple reconocimiento, en la confirmación de las ideas que tenemos sobre ellos, aun sin haber recorrido sus páginas. Por ello, en este artículo me propongo ingresar en el universo de sentido propuesto por Mattelart y Dorfman, a partir de las coordenadas que el libro sugiere, para reflexionar sobre sus aportes y limitaciones.

## Un libro para construir la historia

El 4 de septiembre de 1970, la Unidad Popular, una coalición de partidos de izquierda, ganó las elecciones presidenciales en Chile con su candidato, Salvador Allende. Tres años después, sin embargo, Allende fue derrocado por un grupo de militares apoyados por Estados Unidos. Durante el periodo de ese gobierno, el país austral fue escenario de un intenso proceso de cambio con una perspectiva socialista, orientado a transformar la vida de las clases populares y la estructura del Estado. Fueron muchas las iniciativas ensayadas por el gobierno de Allende en búsqueda de una sociedad más justa, pero una de las apuestas centrales fue arrebatarle la hegemonía a la burguesía nacional. Desde la perspectiva de la Unidad Popular, no bastaba con resquebrajar el poder político-económico de esa clase, era preciso que perdiera su predominio cultural. La Unidad Popular deseaba que los valores, las normas de comportamiento y los trayectos vitales burgueses dejaran de ser vistos como “naturales”.

Pero, ¿cómo hacerlo? La primera respuesta fue crear una política comunicacional revolucionaria. En palabras de Michèle Mattelart, el rasgo más significativo de aquella política fue “apoderarse de los géneros en materia de publicaciones de revistas, apoderarse de los formatos y de los signos que la burguesía había hecho familiares para iniciar, a partir de esos soportes conocidos, reconocidos e identificables en el mercado, un proceso de apartamiento de la ideología de las clases medias y de apertura a los nuevos valores del proceso popular” (2011, p. 79).

En términos prácticos, ello implicaba permitir la presencia de los medios comerciales, alimentados con el capital de la burguesía, y generar un contradiscurso capaz de competir contra ellos en el terreno de los géneros y formatos que habían alcanzado las cumbres del gusto ciudadano, gracias



a los productos culturales tejidos en la Editorial Quimantú. Una empresa editorial estatal creada en 1971 por el gobierno de la Unidad Popular, cuyo objetivo era tornar más accesibles los productos culturales en formato papel, mediante su venta a bajos precios. Estuvo organizada en tres secciones: División de Publicaciones infantiles y Educativas; División Periodística y División Editorial (en la que trabajaron los autores del libro del que me ocupo). Durante su primer año, Quimantú compitió con otras empresas editoriales mediante la publicación de revistas de historietas para niños como Cabrochico o la revista juvenil Onda.

Sin embargo, a medida que avanzaba el proyecto comunicacional de la Unidad Popular, sus asesores viraron hacia un ejercicio más radical: de acuerdo con Armand Mattelart (1971), ya no bastaba con cambiar los signos de los formatos tradicionales para que sus contenidos favorecieran la construcción de una vida popular y de una política socialista. Era necesario crear nuevas formas de contar, unos productos de entretenimiento capaces de encarnar la ansiada nueva cultura. En la óptica de académicos militantes como Mattelart y Dorfman, la forma era indisociable del contenido, y las novelas o historietas comerciales solo podían contener los paraísos de felicidad sin sudor del melodrama, o la prolongación del orden paterno en el mundo infantil que proponía la familia patuda.

Fue entonces cuando la estrategia comunicacional –con Armand Mattelart a la cabeza de Quimantú– se orientó a entregarles a los chilenos nuevas narrativas, y se desplegó la fuerza legislativa del Estado para abolir las historias producidas por medios afines o financiados por los capitalistas chilenos y estadounidenses. En ese contexto surgió *Para leer al pato Donald*, un libro que debía servir de base argumentativa a las decisiones tomadas en materia de comunicaciones. La obra tenía una importancia estratégica, porque el arraigo de esa revolución en la cultura dependía de la capacidad de la Unidad Popular para convencer al público de que el entretenimiento también era un escenario de la lucha de clases –quizá el más importante, dado que allí se vencía al proletariado desde la cuna–, y de desvelar el carácter ideológico de aquello que se entendía como la vida cotidiana. Si designamos la escritura de ese libro con la retórica combativa que solían usar entonces los militantes de izquierda, este quiso ser una bomba en la semilla del capital, porque sus autores eligieron diseccionar las ideas que sustentaban el capitalismo y normalizaban el ordenamiento que situaba a los países latinoamericanos en la esfera de la dependencia, mediante el desenmascaramiento de aquello que se presumía libre de toda culpa: las historias de entretenimiento para niños.



La obra tenía una importancia estratégica, porque el arraigo de esa revolución en la cultura dependía de la capacidad de la Unidad Popular para convencer al público de que el entretenimiento también era un escenario de la lucha de clases –quizá el más importante, dado que allí se vencía al proletariado desde la cuna–. (Imagen, Salvador Allende. 3BRBS, Wikimedia Commons).

## ¿Escribir de otra manera?

La obra de Mattelart y Dorfman es, entonces, un ensayo en la doble acepción del término. Lo es, en primer lugar, en la dimensión escritural, porque ambos autores se comprometieron como sujetos políticos en su escritura: ambos escribieron a partir de su experiencia de consumidores de Disney, de su formación en ciencias sociales (Mattelart es sociólogo y Ariel Dorfman es literato), de su relación con Chile y Latinoamérica. Mattelart es un belga que llegó a Chile a trabajar para contrarrestar las campañas estadounidenses de control natal y permaneció laborando en la formación y en el asesoramiento de estrategias para el cambio social, mientras Dorfman es un argentino que trabajaba en la línea de producción de Quimantú y suscribía en sus obras la práctica de una literatura comprometida con la política en cercanía con el ideario marxista. Porque los autores esgrimieron sus ideas a través de la prosa, y se valieron de las revistas sobre

el pato Donald y de obras marxistas, literarias y periodísticas para defender una idea sobre la cultura de masas y su relación con la vida social. Porque desdeñaron las formas puras de composición que les ofrecían la academia y la burocracia, y unieron el texto de investigación, el informe, el panfleto y la literatura para aumentar la potencia de su discurso. Finalmente, el texto puede considerarse un ensayo en su escritura, porque aventuró nuevas formas de expresión. Los autores interpelaron al lector con anotaciones como “Que no piense la buena señora”, para captar su atención; se adelantaron con ironía a las críticas que podría suscitar el libro, para desactivarlas por replicar la lógica del discurso de Disney; jugaron con las imágenes de la familia patuda y con los formatos de la historieta de Disney para situarse en la experiencia del lector; crearon nuevas formas de expresión, así, para mostrar la infantilización de los países subdesarrollados, urdieron un “Retrato hippie o extraído del manual cómo viajar y enriquecerse de la gran familia norteamericana de *Selecciones del Reader’s Digest*” (Mattelart y Dorfman, 1972, p. 49).

En segundo lugar, el texto es un ensayo en la dimensión experiencial, porque en él los autores exploraron las posibilidades que encerraba la alianza entre la universidad, la cultura y la militancia, y desde allí propusieron una estrategia de entretenimiento para un Chile que buscaba una vía al socialismo (Zarowsky, 2009). Asimismo, buscaron asaltar los espacios de la cotidianidad para que las ideas contenidas en sus páginas se instalaran en la consciencia popular. De esta manera, participaron del proceso de lucha contra el imperialismo cultural estadounidense, y encarnaron su deseo de una Latinoamérica popular –según el ideario marxista– que tomara las riendas de su historia, para construirla.

Este doble carácter ensayístico emparenta la obra de Mattelart y Dorfman con los postulados centrales de la primera Escuela de Frankfurt, encarnada en los trabajos de Max Horkheimer y Theodor Adorno. El libro chileno y los autores de origen alemán comparten una visión de la comunicación de masas como un negocio económico e ideológico en manos del capital, cuyo fin era estandarizar tanto las necesidades de los sujetos como las formas que tenían a su alcance para satisfacerlas. En ese sentido, reconocieron el carácter instrumental de los medios de comunicación para servir a una economía de poderosos que controlaban la dirección política de los países, y criticaron la propensión de la burguesía a explicar los problemas sociales como producto de los cambios tecnológicos, y su reacción habitual: diseñar nuevos dispositivos, como el sistema de la comunicación de masas, para encubrir las fisuras que provocaba el capitalismo en la vida cotidiana. Además, contrastaron los productos contemporáneos de entretenimiento con la literatura o el teatro y coincidían en el argumento de que allí donde las revistas preparaban al sujeto para que se abandonara a las lógicas de la subordinación a las fuerzas económicas, la literatura escenificaba la lucha entre el sujeto y su entorno para dejar entrever la rebelión como posibilidad.

Al respecto, Horkheimer y Adorno escribieron que “En realidad es en este círculo de manipulación y de necesidad donde la unidad del sistema se afianza cada vez más. Pero no se dice que el ambiente en el que la técnica conquista tanto poder sobre la sociedad es el poder de los económicamente más fuertes sobre la sociedad misma” (1988, p.4). Para ambos, el fin indiscutible de las industrias culturales era escribir con fuego el triunfo del capital en el corazón de los hombres. Tanto para Horkheimer y Adorno como para Mattelart y Dorfman, cada producto cultural de masas era un modelo reducido del sistema económico que lo engendraba, y recreaba a los hombres a imagen y semejanza de aquello en lo que ya los había tornado la industria cultural.

*Para leer al pato Donald* escenificaba esta creencia: para Mattelart y Dorfman, esta serie infantil era un caso de gran valor analítico, porque permitía mostrar los procedimientos de la burguesía para prolongar su mundo en la generación futura, procedimientos que podían extenderse a otras producciones norteamericanas y latinoamericanas, de allí su carácter de sínecdoque. Esas revistas para niños tenían la capacidad de ser la parte que designaba un todo.

Otro aspecto que liga *Para leer al pato Donald* con la primera generación de la Escuela de Frankfurt es su relación heterodoxa con el pensamiento marxista. Los pensadores alemanes se propusieron revisar el legado teórico de Marx –que se hallaba en crisis tras los avatares de la Revolución Rusa–, para plantear un análisis del capitalismo que partiera de allí, y se nutriera de los avances de las ciencias sociales. Con ese punto de partida, se centraron en explicar los mecanismos que permitían la reproducción del capital y buscaron intuir los posibles escenarios de crisis, incluyendo nuevos horizontes de análisis, como la familia, la cultura o el Estado. En ese sentido, incorporaron las reflexiones de Freud para comprender las motivaciones de los sujetos, más allá de la lógica de las interpretaciones economicistas, y asumieron la premisa de la teoría como praxis, lo que implicaba abandonar la idea dualista de la división entre sujeto y objeto de conocimiento, por cuanto le negaba al investigador la posibilidad de reflexionar sobre sus condiciones sociales e históricas de surgimiento.

De esta manera, la trama de *Para leer al pato Donald* conectó los centros de poder económico estadounidenses, esa fábrica de producción de sueños que es Disney, los espacios de la infancia y el mundo del trabajo en los países subdesarrollados. Los autores usaron la teoría freudiana del poder paterno como microcosmos para explicar lo que ellos percibían como una infantilización de los habitantes de países dependientes, perpetuada por los propietarios del capital. El libro resume la unión del pensamiento político-económico de Mattelart y la lectura simbólica y literaria de Dorfman. Y, sobre todo, ambos autores ataron su producción intelectual a la coyuntura social y política de Chile, desdeñaron la estructura de saber-poder del lenguaje científico tradicional, y abogaron por una forma de expresión que se hallaba conectada con su proyecto emancipador desde una perspectiva socialista. En sus palabras: “No se trata de negar aquí la racionalidad científica, o su ser específico, ni de establecer un burdo populismo; pero sí de hacer la comunicación más eficaz, y reconciliar el goce con el conocimiento. Toda labor verdaderamente crítica significa tanto un



análisis de la realidad como una autocrítica del modo en que se piensa comunicar sus resultados” (Mattelart y Dorfman, 1971, p. 8).

Ahora bien, ubicar a *Para leer al pato Donald* en el lugar de una nota al pie latinoamericana de la primera generación de la Escuela de Frankfurt es negar la originalidad que caracterizó su abordaje del colonialismo y la comunicación de masas, y afantasmar el espesor histórico de la obra. El libro está atravesado por un uso intensivo de la teoría marxista, pero no se trata de la vulgarización un tanto superflua del materialismo histórico, según la cual la estructura social determina las ideas, ni de las construcciones de los pensadores alemanes en las que nombrar al poder había dejado de ser una prioridad. Para Mattelart y Dorfman, el punto central fue el análisis del funcionamiento de la ideología capitalista a través de una historieta de consumo masivo en las regiones subdesarrolladas. Y aquí, siguiendo a Hall (2014), entiendo por ideología las maneras en que un bloque histórico se une a través de unas ideas para mantener su predominio sobre la sociedad.

El postulado de ambos autores fue escenificado en el libro mismo, pero también fue visible en la práctica política de la Unidad Popular. Ellos señalaron que, en el plano de la comunicación de masas, la burguesía creó un mundo cuyo fin era justificar sus prácticas económicas, y ocultar las contradicciones en las que se debatía el capital. El mundo de Disney operaba mediante la lógica de autoridad y orden: los burgueses reforzaban su autoridad con castigos “merecidos” pero moderados, de suerte que las nuevas generaciones aprendieran los términos del equilibrio capitalista, en tanto que era función de esos niños preservar el orden que habían recibido a través de la tradición, para que fuese posible capturar el futuro en las manos del pasado.

Esta matriz argumental explicó también el funcionamiento del capital. De acuerdo con los autores, Disney justificó el dominio de una clase sobre otra argumentando que el proceso de enriquecimiento de la burguesía era resultado de la genialidad de aquellas mentes que descubrían una manera astuta, pero honrada de hacer dinero. De allí el carácter criminal de todo intento por trastocar ese estado de cosas falsamente rubricado por la inteligencia, y que prometía que, si alguien lograba hallar la fórmula de un Rockefeller, podría hacer parte del grupo de los poseedores. Para darle fuerza a esa lectura, el mundo de Donald infantilizó la multiplicación de la riqueza. Se suprimieron el trabajo material del proletariado urbano y

---

Siguiente página, *Para leer al pato Donald*.

el esfuerzo agotador de los oficios rurales, se eliminó el proceso de transformación de la materia prima en capital, y se pobló la vida de objetos que se intercambiaban y desechaban como si no hicieran parte de un proceso social. La jugada de la burguesía fue maestra, afirman Mattelart y Dorfman, porque al limpiar de toda culpa la producción económica Disney y el mundo que representó, presentaron como natural un proceso de carácter histórico y le enseñaron al público que la estrategia más adecuada era jugar de la mejor manera en el ajedrez del capital para poseer, que si se carecía de la genialidad para ascender no había problema porque los valores generosos del sistema garantizaban el bienestar, que no tenía sentido oponerse al orden tradicional y, en consecuencia, perfecto de las cosas.

Así, Disney les enseñó a las masas a soñar como propia la práctica de una clase, y contribuyó a la hegemonía del capitalismo estadounidense. Este planteamiento es lo que hace particular el abordaje que realizaron los autores de *Para leer al pato Donald* del marxismo desde la óptica de la ideología. Para ellos, la ideología era un "nivel de significación" (Martín-Barbero, 2002, p. 54) que determinaba el sentido de las prácticas sociales. En consecuencia, el poder más enraizado de la burguesía no era moldear los contornos del pensamiento de una época sino lograr que ese pensamiento, expandido mediante los medios de comunicación de masas, y tornado en entretenimiento internacional, en apariencia inofensivo, a través de géneros como la historieta o el melodrama, lograra que unos países que no habían vivido como suyo el proceso de consolidación del capitalismo, encarnaran esa ideología y le dieran nuevas justificaciones; la más importante de ellas, quizá: la modernización de los países atrasados.

El otro uso del marxismo que caracterizó la obra de Mattelart y Dorfman tuvo que ver con la práctica política de la Unión Popular de la que se derivó. El libro no solo desenmascaraba los procedimientos de la ideología



burguesa sino que era también un hito en la lucha por desmontar tal sistema de pensamiento y de acción. Los autores consideraban que era función de sujetos como ellos ser la vanguardia intelectual que ayudara a la concientización de las masas, para que participaran del cambio social. Que solo con la conducción de un grupo de avanzada y un proletariado rural y urbano políticamente educado en el marxismo-leninismo, era posible que la democracia de Allende transitara hacia un orden socialista duradero en Chile.

Esa forma de marxismo también estuvo ligada al pensamiento desarrollista que entonces campeaba por las ciencias sociales latinoamericanas. Los autores coincidían con la Comisión Económica para América Latina y otras entidades desarrollistas en entender el desarrollo y el subdesarrollo como resultados históricos del capitalismo. Para los defensores de esa corriente, la teoría de la modernización, según la cual el contacto latinoamericano con países modernizados bastaba para el ascenso económico, era falsa porque los estados desarrollados habían sido los artífices del sistema capitalista y les imponían condiciones económicas de subordinación a los otros países. Por tal razón, el comercio internacional entre países centrales (desarrollados e integrados) y países periféricos (subdesarrollados y aislados) resultaba muy perjudicial para los segundos: en la distribución internacional del trabajo, el rol de estos era la producción de materias primas, a bajo costo de venta, y la compra de bienes producidos por los estados industrializados, con un alto valor (Castro, 1974). La consecuencia de este tipo de comercio era el deterioro de los términos de intercambio: cada día, un Estado como el chileno, precisaba producir más uvas para adquirir la misma nevera. Teniendo en cuenta ese contexto, pensadores como Mattelart y Dorfman abogaron por la sustitución de productos importados desde Europa y Estados Unidos hacia los países de esta parte del mundo, mediante la creación de industrias nacionales en los países latinoamericanos.

Pero, según los autores de *Para leer al pato Donald*, historias como aquella representaban una amenaza que se cernía sobre cualquier iniciativa de autonomía regional, porque inducían a los pobladores de los países periféricos a soñar para ellos la práctica económica estadounidense. Disney naturalizaba una política según la cual el destino de países como Chile era ser productores de materias primas, y consumidores incesantes de bienes manufacturados por las industrias foráneas. No obstante, eso no era lo que causaba la mayor inquietud en Mattelart y Dorfman. Para ellos, al soñar para sí un proyecto ajeno, nuestros países terminaban por acordar sus prácticas con el lugar de subordinación que su historia y la de las potencias les permitía

desempeñar en el teatro de la economía mundial. Así, mediante los juegos de infancia se arraigaban las ideas y valores que creaban y sostenían a una sociedad atrasada y postindustrial, al tiempo que se reemplazaba la reflexión de las contradicciones que ello producía por la utopía de abundancia sin esfuerzo y consumo permanente. “Pato Donald al poder es esa promoción del subdesarrollo y de las desgarraduras cotidianas del hombre del tercer mundo en objeto de goce permanente en el reino utópico de la libertad burguesa. Es la simulación de una fiesta eterna donde la única entretenimiento-redención es el consumo de los signos aseptizados del marginal” (Mattelart y Dorfman, 1972, p.157). Al hacer suyo ese sueño capitalista, los países periféricos aceptaban la cotidianidad de la dominación económica, asumían sus formas culturales como inferiores respecto a un país capaz de narrar lo “universal, y, sobre todo, se privaban del derecho de pensar una alternativa distinta.

Para la buena marcha del proyecto de cambio social con una perspectiva socialista que habían hecho suyo nuestros autores, era crucial el desarrollo de un pensamiento latinoamericano que el sueño de Disney atomizaba. Ahora bien, ¿cómo ocurría aquello? Según Mattelart y Dorfman, el pato Donald era un símbolo del desdén estadounidense por los procesos históricos latinoamericanos. En ella, las luchas por la emancipación y las formas de opresión eran reemplazadas por una historia de estatuas, caracterizada por la ausencia de procesos sociales, como el establecimiento de las sociedades coloniales o la organización de los mercados de cada país en función de las necesidades de las metrópolis de Europa y Estados Unidos: todo cuanto se presentaba era la caricatura de la ambición de algunos sujetos que deseaban más dinero, y la permanencia de objetos que animaban y reafirmaban el estado de cosas del presente. No está de más decirlo. La historia escolar solía ser en nuestros países una materia para echar en el olvido. En cambio, las aventuras con trasfondo histórico de la familia patuda penetraban los estratos de la emoción y la emotividad de los consumidores, y a través de ellas, varias generaciones se formaban representaciones de su país y de los estados vecinos. Pero esas representaciones eran estereotipos de las diversas identidades nacionales, escenificaciones grotescas de las diferencias entre estados y prejuicios sobre las actitudes de los habitantes de Latinoamérica. La consecuencia era una falta de empatía por los problemas de cada país. Según Mattelart y Dorfman, cuanto más los habitantes del sur global se reconocían en la familia patuda, menos lo hacían entre ciudadanos del Sur. La estructura de poder que representaba Disney creaba las condiciones para evitar una unión de pueblos oprimidos,

una toma de conciencia proyectada hacia la construcción de un futuro distinto.

Lo expuesto nos conduce a un aspecto central en el libro que nos ocupa. A lo largo de mi argumentación he mostrado la importancia que Mattelart y Dorfman les concedieron a las formas empleadas por Disney para escamotear las contradicciones que suscitaba el capitalismo en los estados subdesarrollados, y en este ejercicio ha aparecido en diversas ocasiones la palabra ocultamiento como estrategia. Ello obedece a que, para esos autores, las aventuras de Patolandia escenificaban un discurso del disimulo. Pero esa estrategia no se limitó a la presentación del trabajo, o del consumo. Ellos usaron el ocultamiento para abordar las formas de dominio estadounidense, eso que llamaron colonialismo, y que analizaron en su dimensión clásica, la ocupación militar, la dependencia política, pero, sobre todo, desde el colonialismo cultural, dado que, para Mattelart y Dorfman, una campaña exitosa de penetración ideológica en Latinoamérica era la gran explicación para la sujeción económica de esos estados.

Ambos autores definieron esa estrategia como “paternalismo por ausencia”, y sostuvieron que la inexistencia de padres y madres en la familia patuda era una metáfora de la presencia autoritaria pero camuflada de Estados Unidos en el sur del continente americano casi siempre gracias a los productos culturales norteamericanos. Argumentaron que el disimulo era fundamental en varios aspectos: el color rosa y la alegría de las historietas eran no solo el guante de cabritilla que ocultaba la mano de hierro del dominador sino también la manera que el imperio había desarrollado para formar a los otros países, de suerte que se ajustaran a su normativa, y, finalmente, eran el antídoto contra el uso de una violencia represiva que lo obligaría a saltar al centro de la escena e imponer su versión del orden. De acuerdo con los autores, ese carácter de antídoto era fundamental, pues el uso de la fuerza era una causa de la animadversión de los dominados; en cambio, la seducción a través de la cultura permitía que los países dependientes



Según Mattelart y Dorfman, cuanto más los habitantes del sur global se reconocían en la familia patuda, menos lo hacían entre ciudadanos del Sur. La estructura de poder que representaba Disney creaba las condiciones para evitar una unión de pueblos oprimidos.

orbitaran en torno al Estado central, bajo los términos de un colonialismo económico refinado. No se trataba del saqueo forzoso de los recursos naturales, sino de una forma de “colaboración” en la cual el país desarrollado acordaba un precio por los bienes que precisaba del Estado atrasado.

Todavía hoy es asombrosa la agudeza del planteamiento de Mattelart y Dorfman tras la caída del Muro de Berlín y la desclasificación de los documentos estadounidenses. Ambos autores –sin conocer los pormenores de las políticas norteamericanas– percibieron la centralidad de la comunicación en el marco de lo que los estudiosos llamaron “Guerra Fría cultural”: “una densa red de actores, prácticas y estrategias comunicativas que en la esfera de la diplomacia cultural y en el marco cronológico de la Guerra Fría contribuyeron de manera esencial a la exportación del American Way of Life en el subcontinente, incluyendo las múltiples formas de su recepción y reelaboración a nivel local” (Calandra y Franco, 2012, p.10), y cuyo rasgo más significativo fue la presencia de “originales mensajeros del imperio norteamericano”. Las autoras citadas, y ya sin el afán pragmático del libro que nos ocupa, mostraron que Donald, gracias a la colaboración de Disney con Rockefeller y con el área de “Asuntos culturales” del Departamento de Estado de Estados Unidos, era un embajador de buena vecindad. Por una parte, les mostraba a los latinoamericanos el rostro atractivo y amable de Estados Unidos; por la otra, ayudaba a convencer a los ciudadanos del norte sobre la conveniencia de aliarse con los países del sur, ricos en materias primas, pero políticamente infantiles. Allí donde nuestros autores mostraron cómo las tramas de la familia patuda se encargaban de enseñarles a los niños latinoamericanos que el tío del norte podría ser caritativo con ellos si actuaban de acuerdo con la tradición, historiadoras contemporáneas como Sol Glik (2012) evidenciaron las maneras en que esos mismos programas fabricaban para los estadounidenses una Latinoamérica de ensueño, edénica, sensual y abundante, que debían socorrer cuando, a causa de su “ingenuidad infantil”, corriera el riesgo de tornarse en un territorio caótico.

### **Críticas de los lectores**

A lo largo de mi exposición he eludido de forma deliberada las críticas –propias o ajenas– que ha recibido *Para leer al pato Donald*. En primer lugar, porque ello excede los fines que me he trazado; en segundo lugar, porque ellas habrían condicionado toda posibilidad de pensar en torno al texto. Opté por reflexionar de forma intensiva y generosa sobre el libro con una premisa histórica y sociológica: leerlo en concordancia con el tiempo

que propició su aparición, y relacionarlo con las condiciones sociales que le otorgaron sentido. De esta manera, he planteado que aquello que hizo de esa obra un hito del pensamiento latinoamericano fue su condición de obra orgánica (en el sentido gramsciano del término), dado que fue al mismo tiempo un ejercicio del pensamiento sobre la condición latinoamericana, y un manual para la acción social.

Sin embargo, mi propuesta no estaría completa sin una mirada –desde la idea que orienta estas líneas– a las formas como ha sido recibida la obra. A este respecto aventuro una hipótesis: en gran medida, la historia del encuentro entre *Para leer al pato Donald* y sus lectores ha sido un profundo malentendido. Veamos. La corriente de investigadores argentinos liderada por Eliseo Verón, ligada a la academia rioplatense y guiada por el método semiótico formuló profundas críticas a la vocación militante del libro. Para autores como Verón, la obra era intuitiva e interpretativa, en lugar de demostrativa y analítica, como exigía la investigación. “La contradicción entre la demanda práctica (política) y las condiciones de la investigación es aún más clara en el estudio de Mattelart y Dorfman sobre el pato Donald. En este trabajo no solo se aplica como método un comentario intuitivo e interpretativo del material (de una manera que es, dicho sea de paso, sumamente dudosa); el caso me parece más grave: el problema del método ha desaparecido” (Citado en Schmucler, 1997, p. 136).

Siguiendo la lógica de esta postura, la verdad de la ciencia debía abandonar la contienda política y dedicarse a observar para comprender. Aunque resulta innegable el valor metodológico de ese postulado para quienes hacemos investigación desde la universidad, también es indudable la ingenuidad de quienes eluden el hecho de que los científicos sociales son sujetos históricamente contruidos y socialmente determinados, y eso, sumado a las lecturas formativas, le otorga un cariz particular a cada proceso de creación de saber. También es indudable que en esa formulación hay una invitación a dejar de lado nuestras comodidades ideológicas y luchar contra nuestros prejuicios.

Pero en lo que al texto que nos ocupa respecta, esa glosa niega su existencia desde la justificación que le dio vida. *Para leer al pato Donald* encarnó la producción de una alternativa política a partir de un ejercicio intelectual, y por ello, una crítica reflexiva en torno a él debería partir del modo en que sus autores asumían las relaciones entre pensamiento y revolución. Aceptar sin más el argumento de Verón se asemejaría a negar la interpretación de Marx del materialismo histórico en el Manifiesto comunista, porque

carecía de una revisión de archivo semejante a la realizada un siglo más tarde por Fernán Braudel. Con ello quiero decir que obras como la de Mattelart y Dorfman, o los textos de urgencia de Marx, son inseparables del horizonte de expectativas que encarnaron y su valor reside en haber dado un salto en la manera de relacionarnos con la realidad desde el pensar. No son obras producidas para satisfacer las exigencias del mundo universitario, sino para caldear el debate en las plazas. De allí que la actitud de los investigadores ante ellas no deba ser la del juez que dictamina cuánto se ajustan al método, sino la del caminante que busca en ellas claves para emprender nuevas rutas. Su rol no es dar una verdad para citar en los artículos, sino instigar nuestra facultad de formularnos preguntas.

Esto es lo que parece haber hecho el historiador Charles Bergquist (2000). Si los autores del libro miraron la historieta como la representación de una industria cultural ligada al capital, él se enfocó en la figura de Carl Barks, el creador de Donald; si ellos se centraron en el contenido del cómic, el historiador estadounidense lo hizo en los lectores. De esta manera, el investigador cuestionó la ceguera de los autores para reconocer la dimensión subversiva de la producción de Disney, y el hecho de que asumieran su lectura marxista como la única forma en la que era posible recibir el contenido infantil durante la década de los setenta. Según Bergquist, ambos sobrevaloraron la popularidad del cómic, teniendo en cuenta el poder en el mercado de una corporación multinacional como Disney, y de ello asumieron una capacidad total para lavar las mentes de los sujetos.

Si bien es cierto que ambas obras son diferentes, en el sentido de que buscaron responder a temas contrastantes, se inscribieron en disciplinas sociales distintas y el trabajo de Bergquist es heredero del panfleto de Mattelart y Dorfman, hay un aspecto de los comentarios del historiador que apunta al centro del horizonte de expectativas en el que se enmarcó *Para leer al pato Donald*, y al tipo de relación entre pensamiento y realidad que suscribieron Mattelart y Dorfman. Una de las ideas centrales del proyecto socialista en el que ambos militaron era la concientización de las masas. Según la variante de este postulado que había hecho carrera en nuestro continente, el pueblo no era consciente de sus condiciones de subordinación, porque el sistema capitalista se ocupaba de alienarlo. Para llevar a cabo la revolución, entonces, se requería de una vanguardia intelectual que despertara al obrero y al campesino de su letargo, y le mostrara el camino teórico y práctico para cambiar las condiciones materiales de su mundo. Esto implicó que en las distintas formas de la militancia, como el libro que nos ocupa, se asumiera al pueblo



como un conglomerado uniforme que, gracias a ser el producto de la fase capitalista de acumulación, compartía una forma de relacionarse con las cosas, respondía de idéntica forma a los mismos estímulos, y abrazaría como suyo el proyecto revolucionario abanderado por la vanguardia.

En términos prácticos, ese conjunto de premisas devino en fracasos guerrilleros como el del Che Guevara en Bolivia, y en términos del libro de Mattelart y Dorfman, la aceptación de tales planteamientos derivó en la idea según la cual la masa latinoamericana recibía de forma pasiva y uniforme el contenido de Disney. Con ello no estoy repitiendo el argumento que sostiene que la mayor carencia del libro es la ausencia de entrevistas a niños u otra forma de acercamiento a la recepción de la historieta. Estoy cuestionando el supuesto revolucionario de una época; supuesto que en gran medida consistió en replicar una fórmula marxista-leninista para la solución de problemas que se enraízan en la historia continental, estoy criticando la negación de la pluralidad y las contradicciones de la historia latinoamericana que resume el libro. Estoy criticando, además, la manera en la que fue encasillada la investigación en comunicación en esa apuesta política. A la percepción de la revolución –en su versión marxista-leninista– como la fuerza capaz de construir el continente con otras bases, correspondió la atribución ingenua de un poder totalizador a la ideología capitalista. Así, libros como el de Mattelart y Dorfman partían de la creencia de que el mensaje actuaba en los sujetos por la fuerza de su origen, y lo estudiaban sin detenerse en su contexto institucional.

Esto devino en una falta de comprensión sobre el funcionamiento de esas instituciones que percibían como portadoras de la ideología del capital, y de las lógicas materiales de la producción de contenido. Se trataba de una ceguera que restringía las posibilidades de acción para el tipo de cambio que esos autores aspiraban a producir en Chile, pues resultaba difícil deconstruir un sistema cuyo entramado real era extraño. De hecho, los efectos de ese recorte fueron reconocidos poco después del derrocamiento de la Unidad Popular por los integrantes de Quimantú, mediante artículos de reflexión sobre los límites y alcances de lo realizado en esa editorial, porque fue justamente un movimiento popular, orquestado por los medios tradicionales, el primer paso que marcó la caída del proyecto socialista del país austral.

Sin embargo, no quiero que se interprete lo dicho como una negación del enraizamiento del libro en una línea de pensamiento sobre lo latinoamericano. Ciertamente, *Para leer al pato Donald* está atravesado por la sensibilidad de una parte de la izquierda latinoamericana que veía en el marxismo-leninismo una herramienta para el cambio continental. Esta obra encarnó esa

preocupación política por el destino de un puñado de naciones, y posicionada en esa esfera es también un testimonio sobre ese prejuicio del que debe cuidarse cualquier investigador, intelectual o político. El libro es, además, portador de unas preocupaciones que como materia investigativa conservan toda su pertinencia, ya sea para interrogar nuestro pasado o para problematizar nuestro presente. En este sentido, la obra de Mattelart y Dorfman tiene mucho que aportar a los estudios sobre la historia del pensamiento y las prácticas comunicacionales en el marco del desarrollismo, los contenidos que en aquel entonces eran considerados útiles para el desarrollo latinoamericano, o los obstáculos que impedían la autonomía del subcontinente. Ella ofrece claves para pensar, o repensar la relación entre ciencias sociales e intervención social; la interacción entre pensadores latinoamericanos, universidad, Estado, institucionalización de las ciencias sociales y vínculos entre los países latinoamericanos y Estados Unidos. Sus argumentos abren compuertas para entender las relaciones entre industrias culturales, Guerra Fría Cultural, cambio social en los países latinoamericanos y las percepciones de nuestros estados con respecto a Estados Unidos. La narrativa del libro, y sus reflexiones sobre el marxismo y la dominación que marcaba al sur global, resultan sugerentes para explorar los sueños, ideologías e itinerarios que insuflaron de vida el proyecto revolucionario de Chile.

Por otro lado, el libro continúa siendo un referente temático y de sensibilidad en el pensamiento político-económico de la comunicación, en cuanto la manera de estudiar los medios más allá de un determinismo tecnológico y de un cerramiento textual (Grimson y Varela, 2002). Es una invitación vigente a pensar los medios a partir de conceptos, y a interrogar el sentido y el origen de los conceptos que empleamos. El libro nos insta a ejercitarnos en la duda respecto a aquello cuya naturalidad e inocencia damos por cierta, a aceptar que el lenguaje es un territorio lleno de trampas y a buscarlas para no ser cazados por ellas. Hay también una invitación a no dejar de lado el estudio de las lógicas de dominación que encarnan los medios, en virtud del auge de la resistencia. En palabras de Armand Mattelart: “El problema de las Ciencias Sociales críticas es el triunfalismo; durante décadas creímos en el triunfo de la clase obrera a nivel mundial, en la revolución mundial, hoy ese triunfalismo se reproduce en relación con la capacidad que tiene la gente para resistir. Es cierto que los individuos y los grupos sociales resisten pero creo también que muchas de las formas que se bautizan un poco rápidamente como resistencia son de naturaleza darwiniana, y sólo traducen la capacidad de la humanidad para “adaptarse”

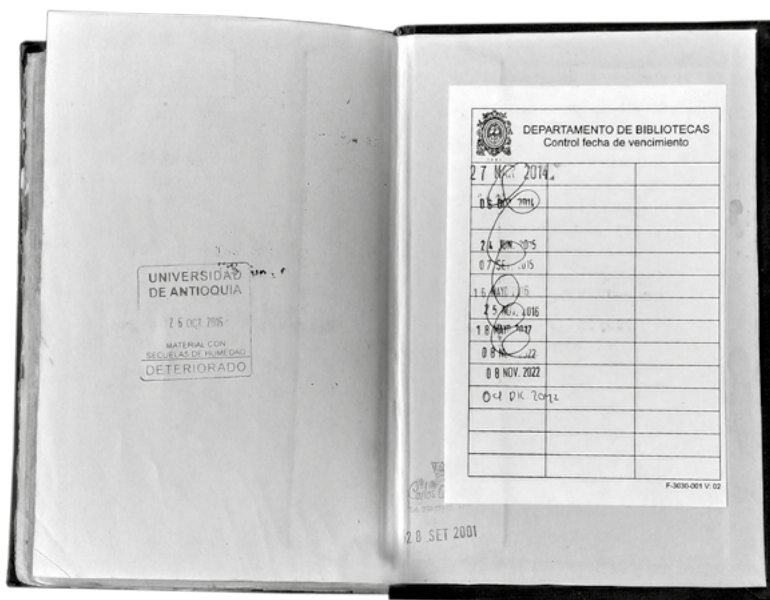
a nuevas condiciones. El problema está ahí, en reconocer la fuerza de estos nuevos interrogantes” (Causas y azares, 2003, p.12). Lo que subyace a este comentario no es tanto el retorno necesario a los abordajes de *Para leer al pato Donald*, sino un llamado a crear herramientas de análisis que permitan ejercitar la crítica a las realidades contemporáneas.

## Conclusión

Estas líneas han estado marcadas por un doble propósito: una apuesta de lectura desnuda de *Para leer al pato Donald* y una revisión reflexiva de algunos comentarios y apropiaciones de la obra. De esta manera, quise experimentar una ruta alterna para abordar la historia del pensamiento en torno a la comunicación latinoamericana. Normalmente, los ejercicios de esta naturaleza suelen remontar las aguas del discurso, es decir, llegar al texto a través de las interpretaciones vertidas sobre él. Estas líneas dan cuenta del gesto inverso: viajar a partir de las claves de lectura que propusieron los autores en el contexto de la escritura del libro. Ese ejercicio permite comprenderlo, no en cuanto *rara avis* de la literatura académica de las comunicaciones, sino como un caso paradigmático de las ambivalencias que atravesaron el surgimiento del pensamiento crítico latinoamericano en ese campo de saber.

*Para leer al pato Donald* fue el más conocido de los experimentos de orientación del pensamiento de la comunicación hacia la práctica política, y es desde los sueños y la pragmática de sus argumentos que debe ser calibrado el peso de sus aportes y la profundidad de sus falencias. El libro

Incontables fichas de préstamo han pasado por los ejemplares de *Para leer al pato Donald*, que aún hoy es un libro bastante consultado en las bibliotecas de América Latina. Fotografías del libro: Jhojan Meneses.



fue un instrumento más de la rebelión política y la inconformidad económica que debía luchar junto a las protestas, la teoría marxista, las campañas de organización del pueblo y las armas, por un cambio radical de las estructuras sociales del continente.

En ese sentido, la vehemencia de sus argumentos sobre el poder de Disney, la ceguera que manifiesta respecto a los matices en el peso de la ideología, el mesianismo que resume en cuanto a la fuerza transformadora de la vanguardia sobre un pueblo que esperaba el camino de la emancipación, son síntomas de una forma de asumir el pensamiento social como una fuerza volcada a la solución inmediata y material de los problemas sociales, desde el compromiso con la política.

También son síntomas de una forma de hacer investigación que si bien pasó por la formación universitaria, tuvo como ambición trascenderla. Para pensadores como Armand Mattelart, Ariel Dorfman, Orlando Fals Borda o Pablo Freire, las universidades eran valiosas como punto de encuentro de ideas, debate de posturas y producción de saber, pero el verdadero valor de lo que allí se gestaba se medía en las calles y en el campo, y era allá hacia donde debía orientarse el pensamiento. *Para leer al pato Donald* representa una serie de apuestas cuyos argumentos no estaban diseñados para ser bien ponderados entre pares académicos, sino para medir sus fuerzas en la lucha contra los po-

### Referencias bibliográficas

**Bergquist, Charles.** (2000). Releyendo el pato Donald: El trabajo, la autoridad y la moneda en los comics Disney. En: V. Uribe Urán y L. J. Ortiz Mesa, (Eds.), Naciones, gentes y territorios. Medellín: Ediciones Universidad de Antioquia.

**Calandra, Benedeta y Franco, Marina.** (2012). La Guerra Fría cultural en América Latina. Buenos Aires: Biblos.

**Castro, Josué.** (1974). El tercer mundo frente a los países ricos. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

**Causas y Azares.** (2003). Entrevista con Armand Mattelart. Intelectuales, comunicación y cultura: entre la gerencia global y la recuperación de la crítica. Revista de Economía Política de las Tecnologías de la Información y Comunicación, 5 (1), 22 p. [https://www.infoamerica.org/documentos\\_pdf/mattelart.pdf](https://www.infoamerica.org/documentos_pdf/mattelart.pdf)

**Glik, Sol.** (2012). No existe pecado al sur del Ecuador. En: B. Calandra y M. Franco, (Eds.), La Guerra Fría cultural en América Latina. Buenos Aires: Biblos.

**Grimson, Alejandro y Varela, Mirta.** (2002). Culturas populares, recepción y política. Genealogías de los estudios de comunicación y cultura en la Argentina. En: D. Mato (Ed.), Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

**Hall, Stuart.** (2014). Notas de Marx sobre el método: una 'lectura' de la Introducción de 1857. En: Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales. Popayán: Envióon.

**Horkheimer, Max.** (2000). Teoría tradicional y teoría crítica. Barcelona: Paidós.

**Horkheimer, Max. & Adorno, Theodor.** (1988). Dialéctica del iluminismo. Buenos Aires: Sudamericana.

**Martín-Barbero, Jesús.** (2002). Oficio de cartógrafo: Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

deres del capital y la “recurrencia” de la historia continental.

Sin embargo, basta un recorrido por los índices de las obras comprometidas publicadas en los países latinoamericanos durante los años setenta para descubrir que muchos textos contruidos bajo las mismas premisas de ese que nos ocupa, duermen ahora su confortable olvido de polvo en anaqueles. *Para leer al pato Donald*, no. Ello se debe a que los autores arrojaron luces sobre aspectos que continúan siendo objeto de preocupación en el campo de las comunicaciones, con argumentos sugerentes. Estoy hablando, por ejemplo, de la demostración de que los problemas comunicacionales no pueden ser comprendidos a partir del determinismo técnico y el cuestionamiento de los supuestos que explican la desigualdad. Esto también obedece a que el libro marcó un precedente latinoamericano en el uso de conceptos que hoy son cardinales en las ciencias sociales regionales, como la deconstrucción de discursos, el imperialismo cultural, o la decolonialidad. Finalmente, *Para leer al pato Donald* reta a los estudiosos y los convoca a investigar el revés de sus argumentos. Es una provocación que aletea en nuestro horizonte. 🌪

**Mattelart, Armand.** (1971). Lucha de clases, cultura socialista y medios de comunicación masivos. Cuadernos de la realidad nacional, (8). CEREN, Universidad Católica.

**Mattelart, Armand y Dorfman, Ariel.** (1972). Para leer al pato Donald: Comunicación de masa y colonialismo. Ciudad de México: Siglo XXI.

**Mattelart, Michèle.** (2011). Comunicación y movimiento popular. Un momento emblemático. Chile 1970-1973. Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación, 116, 75-80.

**Schmucler, Héctor.** (1997). Memoria de la comunicación. Buenos Aires: Biblos.

**Zarowsky, Mariano.** (2009). Políticas culturales y comunicación popular en el gobierno de Salvador Allende. La intervención política intelectual de Armand Mattelart [Presentación de paper]. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina. <https://www.academica.org/000-089/116.pdf>